Minucias del lenguaje

José G. Moreno de Alba

Mucho muy / muy mucho

La palabra *mucho*, con el significado de "abundantemente o intensamente", puede funcionar como adverbio ("trabajo *mucho* y gano poco", por ejemplo). Cuando, con esta función, precede a un adjetivo o a otro adverbio –excepto *mejor, peor, mayor, menor, más, menos, antes* o *después*– toma la forma apocopada *muy* (como en "trabajo *muy* intensamente"). También se apocopa ante *mayor* cuando éste significa "de mucha edad" ("era un hombre *muy* mayor"). Aunque no muy frecuentes, pueden hallarse casos de *muy* por *mucho* ante *menor* en buenos escritores: "Se había refugiado en Jalapa donde daba un cursillo [...]; un curso *muy menor* sobre historia de la escenografía" (Sergio Pitol).

Mediante la anteposición de *muy* a adjetivos y adverbios se construye el llamado grado superlativo: *muy inteligente, muy hábil...*, equivalentes a *inteligentísimo, habilísimo...* No se permite el uso conjunto de ambos procedimientos ("*muy inteligentísimo*"). En las frases *mucho más* y *mucho menos* más sustantivo, *mucho* desempeña una función adjetiva y, por tanto, debe concordar en género y número con el sustantivo: "Se necesitan *muchos más recursos* para la educación", por ejemplo. Quizá debido a una contaminación con la anterior construcción, *mucho* se hace a veces variable en las frases *mucho mayor* y *mucho menor*, en que, por tener función adverbial debería ser invariable: "Corrió a *mucha mayor velocidad.*"

Nos enseña la gramática que el adverbio *mucho* se apocopa también ante sí mismo, dando lugar a la frase superlativa *muy mucho* ("muchísimo"), que sólo se emplea ante verbos ("me estima *muy mucho*"), nunca ante adjetivos o adverbios ("es *muy mucho* interesante"). Me parece, por una parte, que la frase *muy mucho*, de escaso empleo actual, puede verse en alguna medida como arcaísmo. Tuvo vitalidad en otras épocas, particularmente durante los siglos XV y XVI ("...dice que por su muy presta desordenada y loca audacia *muy mucho* más presume que puede", fray Vicente de Burgos, 1494) y la sigue teniendo en el español de España: En el Corpus de referencia del español actual, que contiene textos de los últimos 30 años, se documentan 80 casos, 74 de los cuales (92.5%) son españoles, no sólo de la prensa sino también de textos literarios ("Hala, que te den *muy mucho* por el saco, viejo chocho...", Juan Marsé, 1993). Me parece que la frase *muy mucho* es de muy raro empleo en el español mexicano actual. En algún ejemplo que encontré parece evidente, por parte del escritor, un consciente deseo de imitar humorísticamente cierto estilo cronístico arcaico ("...abatióse sobre nuestras mendas un vendaval de venablos que *muy mucho* nos ardían en el cuero", Tomás Mojarro, *Yo, el valedor (y el Jerásimo*).

Varios estudiosos opinan que la construcción invertida *mucho muy* es, por una parte, anómala y, por otra, que es de uso exclusivo del español mexicano. Recomiendan evitarla y señalan que resulta preferible obtener el efecto de énfasis mediante la duplicación de la forma apocopada (en lugar de "es un hombre *mucho muy* inteligente", "es un hombre *muy muy* inteligente").

Por mi parte opino: 1) En efecto, en el español actual, la frase *mucho muy* parece exclusiva (o casi) del español mexicano. 2) No creo que se logre el mismo efecto estilístico con *mucho muy* y con *muy muy*. 3) Se emplea (*mucho muy*) sobre todo en la prensa y la lengua hablada ("...el señor presidente está *mucho muy* interesado en que yo le ayude..." [*Proceso*, 1996]. No encontré ejemplos en buenos escritores mexicanos. 4) La frase *mucho muy* no fue invento mexicano: se puede hallar en autores españoles de otras épocas ("...entre las muchas cosas que ordenaron [...] los Señores Reyes Don Fernando y Doña Isabel se alaba y encarece *mucho muy* dignamente el zelo que tuvieron...", Juan de Solórzano y Pereira, 1648). 5) En siglos pasados fue muy usual *muy mucho* y de poco empleo *mucho muy*. 6) El actual uso de *muy mucho* (en España) y el de *mucho muy* (en México) pueden verse, ambos, como arcaísmos.

Él desafora / él desafuera

La segunda acepción de *desaforar*, según el Diccionario académico es la de "privar a alguien del fuero o exención que goza, por haber cometido algún delito de los señalados para este caso". No se señala en ese artículo nada al respecto de su morfología, de la manera como debe conjugarse. En cambio, María Moliner, en su *Diccionario de uso del español*, que lo define simplemente como "privar a alguien de sus fueros", aclara que debe conjugarse como el verbo *contar*. Por tanto, en su opinión, si se dice *él cuenta*, debemos asimismo decir *él desafuera*. En el Corpus de referencia del español actual hay tres casos de *desafuera* y ninguno de *desafora*. En el Corpus diacrónico del español hay nueve casos de *desafuera* (curiosamente todos del siglo XIV) y sólo uno (del siglo XV) de *desafora*. Creo que debemos hacer caso a doña María Moliner y conjugar el verbo *desaforar* como se conjuga *contar*: *desafuero, desafueras, desafuera, desaforamos, desafueran,* etcétera.

Estante

Antonio Lliteras

Investigador asociado de la Fundación Este País

Misterioso

Philippe Sollers, el autor que escandalizara a las conciencias francesas con su texto sobre *Casanova*, provoca y seduce a los lectores latinoamericanos con su erudita y ágil nota biográfica sobre el *enfant terrible* de la música clásica, W. A. Mozart. El texto casi vertiginoso, revisa la influencia de Mozart en la vida moderna y elabora el argumento de su influencia en el pensamiento filosófico moderno. Es también una guía para el trabajo operístico de Mozart. Las fuentes incluyen una discografía esencial para revalorar al músico cuya prematura muerte busca explicar Sollers. *Dove sono i bei mommenti didolcezza e di placer*, se pregunta la Condesa en "Las Bodas de Fígaro". *Misterioso Mozart* tiene algunas respuestas.

Philippe Sollers, *Misterioso Mozart*, FCE, Buenos Aires, 2003.

***In Memoriam*, profesor Careaga**

Gabriel Careaga, maestro irritante incluso para el alumno más avezado, abandona su pluma inteligente y ácida, junto con sus paseos por el Parque México y sus visitas a los teatros neoyorquinos. Lo hace, como hace más de treinta años, preguntándose por un mito, el que ha nutrido desde los sesenta la llamada utopía cubana. Careaga repite la fórmula que lo convirtió en ensayista y articulista de fama al publicar un ensayo sobre las clases medias mexicanas. Si *Mito y fantasías de la clase media en México* es la contraparte analítica de las novelas de Gustavo Sainz o José Agustín, *Cuba: El fin de una utopía* es un recuento educado y sistemático que completa la ya larga lista de biografías del *Che* y las poco convincentes explicaciones para "bajarle el nivel" a las relaciones diplomáticas entre México y Cuba. Cuando su libro sobre Cuba llegaba apenas a las librerías, Careaga falleció en la ciudad de México. Su obra se mantuvo fiel a las preocupaciones de una generación de escritores y periodistas por las preguntas de la naciente urbanización mexicana: la ciudad, los jóvenes, los intelectuales, el poder. Conocedor y crítico de la historia de México, observador de la ciudad y sus contradicciones, auténtico profesor universitario, Careaga fue un genuino intelectual: agudo, irreverente, cáustico.

Gabriel Careaga, *Cuba, El fin de una utopía*, Cal y Arena, México, 2003.

Capital social, vínculos y lazos

Cuando en 1994 Robert Putnam echó a andar las mentes de los politólogos estadounidenses con el clásico *Making democracy work*, no era fácil prever que el concepto que utilizó como hilo conductor en la obra, el llamado "capital social", daría tanto de qué hablar. La expresión es hoy un lugar común entre quienes se dedican al trabajo social o aquellos que buscan explicar qué distingue a un sistema efectivo de otro. Circula ya en inglés su nuevo libro, donde recupera el concepto de capital social y lo redefine en una nueva taxonomía: "bridging social capital" y "bonding social capital". La diferencia estriba en la naturaleza de las relaciones entre los habitantes de una comunidad. En este nuevo trabajo aparecen conceptos como capital social de cohesión (lazos en el interior de grupos con ideologías comunes), capital social de vinculación (la relación entre grupos) y capital social de enlace (la integración de grupos con distintos niveles de poder). En su explicación del éxito de ciertos sistemas, Putnam sigue apostando a que las relaciones horizontales siguen siendo mucho más eficaz en crear mejores comunidades que la tradicional relación jerárquica de la Iglesia, el ejército e, incluso, la familia.

Robert Putnam y Lewis Feldstein, *Better together: Restoring the American community*, Simon&Schuster, 2003.